

PRECIO EN MADRID.

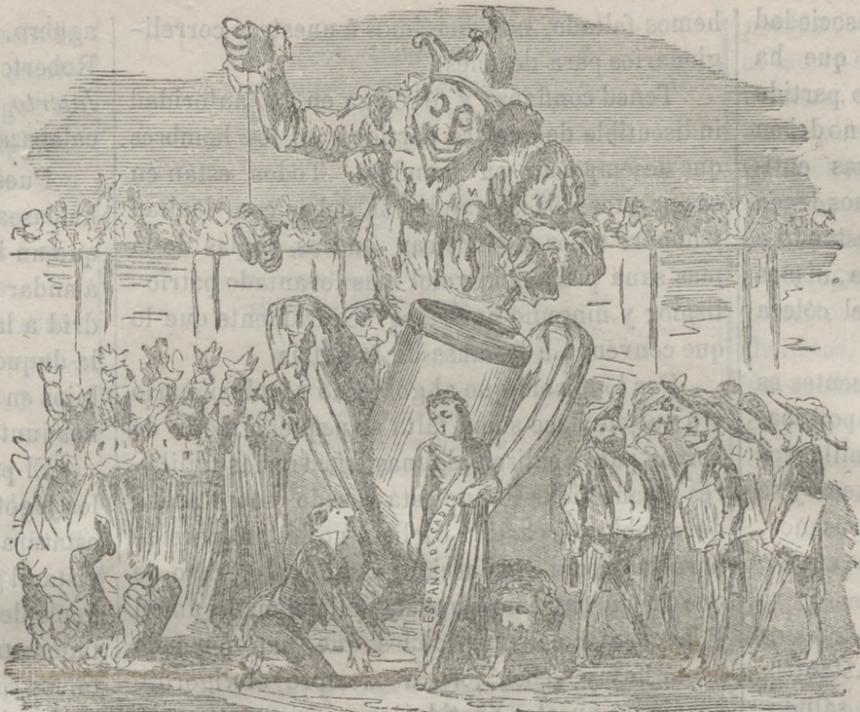
Por un mes. 4 reales.
Por tresid. 11

ADVERTENCIA:

La mayor desgracia de la revolucion consisti en que Bricolaro visitara al público seis veces al mas.

La mansa menos sensible de hacer la suscripcion anticipando su pago, en libranza ó selos de correo, no respondiéndose de estos sino vienes cartiliosa la carta.

Se impasan los porrazos patrióticos y las cobas de tolerancia.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses. 12 reales.
Valléndose de comisionados. 14

Extranjero y Ultramar.

Por tres meses: 20

REDACCION Y ADMINISTRACION.

Calle de Gitanos, núm. 11, principal.

NOTAS.

La palabra (progresista colocada entre paréntesis a la cabeza de este periódico, da la medida de la fuerza de su color.

RIGOLETO.

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

PERIODICO (PROGRESISTA.) SEGUNDA EPOCA.

SALE LOS DIAS 5, 10, 15, 20, 25 Y 30 DE CADA MES.

ADVERTENCIA.

Ha regresado del extranjero nuestro querido Director, y establecida un tanto su quebrantada salud, anunciamos con íntima satisfacción que muy en breve volverá á tomar parte en las tareas de este periódico.

LOS LIBELISTAS.

De algun tiempo á esta parte se observa que se fraguan diatribas contra los hombres mas importantes del partido carlista, se publican manifiestos suscritos por colectividades anónimas que se dicen representar la tradicion mas antigua y mas pura de la idea carlista, y se abastece á los periódicos mas recalcitrantes de la situacion de un material verdaderamente corrosivo, que produce á veces el asombro dentro de las filas carlistas, y engendra no pocas exasperaciones irritantes, difíciles de neutralizar á ser menor el patriotismo de los agraviados.

El sistema de los libelistas es el siguiente: proclamar como dogmas la necesidad del divorcio entre las autoridades del partido y las fuerzas vivas que le componen: emplear la difamación, la injuria, la calumnia y la mendacidad para destruir todas las reputaciones: ahuyentar la fé y la confianza de todos los espíritus, elevando á regla de conducta el mas helado pesimismo: declarar en todos los tonos que nada se hace, que todo está perdido, que nos agitamos en el vacío y que nos consume la fiebre hética de la impotencia: y, por último, delatar á la opinion pública y poner en conocimiento del gobierno progresista y de sus esbirros planes estrambóticos, intencionalmente descabelladas, y todo linaje de perturbaciones imaginarias, dignas del lápiz de Ortego y de las carcajadas de la bacanal revolucionaria.

Si se nos pregunta por qué se hace todo esto, contestaremos sin vacilar que por hambre, por odio, por manía y acaso sin mas recompensa que la de saborear los placeres atroces que para ciertas almas tiene el ejercicio del mal.

En Madrid, lo mismo que en los diversos centros del extranjero donde reside alguna parte de la emigracion española, existen, aunque en cantidades exiguas, estos tipos viperinos que se arrastran por el fango de todas las miserias sociales, que politiquean en los cafés y en las callejas, que se dicen carlistas y se presentan como victimas por sorprender alguna palabra indiscreta y lanzarla adulterada al viento de la publicidad, que llevan constantemente en los labios el cigarro y la murmuración, y que desde el fondo de un sótano, de una covacha ó de una bohardilla confeccionan el alimento podrido, pestilente, malsano, que de cuando en cuando propinan á los carlistas periódicos como *La Epoca*, *El Imparcial* y *La Iberia*.

Para estos hijos de la tumba, para estas almas cobardes, miserables y desgraciadas que, como las brujas de las leyendas, celebran su *sabat* elaborando filtros venenosos, no hay reputación, no hay personas, no hay objetos dignos de respecto. D. Carlos de Borbon es para ellos una entidad semejante á la que Gasset y Artime ó Araus han vaciado en la turquesa de *El Imparcial*: el general Elío, el bizarro soldado, el distinguido caballero, el hombre leal de la Rápita, no es para ellos mas que un histrion de vigésimo orden ó un grosero busca vidas: para ellos Rada no es mas que un farsante, Aparisi y Guijarro un sabio como Coronel y Ortiz, Mantecola un clérigo como los de la Tertulia, Navarro Villoslada un periodista de tres al cuarto, Nocedal y Carbonero y Sol, venidos á nuestro campo de buena voluntad, unos bufones de sainete que buscan su negocio.

Todos, altos ó bajos, grandes ó pequeños, somos unos danzantes, unos bribones, unos tumanuelos en concepto de los difamadores: nin-

guno valemos nada: nada hemos hecho: nada hemos sacrificado por nuestra causa. Solo ellos, repantigados en los cafés y en las tabernas, fumando en pipa, charlando como cotorras, pegando petardos, y arrojando su baba en el buzón de *El Imparcial*, lo han hecho todo y harán lo que falta, siempre que haya fondos para costearles el almuerzo en Fornos y la comida en algun figon del Rastro.

Tal es la *vera efigies* de estos lacayuelos de la intriga, escrescencias de todos los partidos y verdadera úlcera abierta en el noble pecho de la oposicion española.

II.
¿Pueden ser carlistas los que de tal manera proceden?

No lo son por fortuna.

Estos tipos abyectos y degradados, estas caricaturas terrificas son la hez de todas las escuelas militantes, el residuo que deja la fermentación de todas las pasiones políticas, el cieno, el légamo que se agita en el fondo del borrascoso mar de nuestras convulsiones intestinas.

Sin más Dios que su vientre, sin mas profesión que la holgazanería, y sin mas aspiración positiva que la de buscar el amparo del sol que mas caliente, se van como los perros vagabundos detrás de aquel que arroja á su voracidad una piltrafa.

Aguzaron los sentidos y enseñaron las mandíbulas tan pronto como se anunció la fracasada fusión de unionistas y alfonsinos bajo la tutela del duque de Montpensier: lamieron de rodillas las manos á Ruiz Zorrilla si les arrojase á la cara una credencial de consumos ó del ramo de policia; y si *La Internacional*, ese horrendo monstruo que avanza á pasos agigantados por la senda fácil de las libertades públicas, depositara en sus manos una moneda de cuatro duros y una botella de petróleo, se guardarían la moneda y derramarían el petróleo hirviendo sobre el edificio social.

No son, no pueden ser carlistas esa turba.

multa de haraganes y perdidos, esa sociedad anónima de obreros de la difamación que ha elegido á nuestros hombres y á nuestro partido por *anima vilis* de sus ensayos. No son, no deben ser miembros de nuestra comunión esas entidades venenosas que, como los viboreznos traen á la vida la misión del parricidio, infestando á la sociedad con los efluvios de su palabra, ni mas ni menos que como la infestan el tifus, el cólera y la fiebre amarilla.

Por eso el deber de los hombres decentes es huir, huir á todo trance de esa bohemia política, de esa hampa, de esa corte de los milagros compuesta de hombres que bullen, verbenean y se arrastran sobre sus pechos como los gusanos, mancillando con su impuro aliento todo cuanto tocan.

Para resistir la maléfica influencia de estos miserables, nunca hay precauciones bastantes: se les debe negar el agua y el fuego, el saludo, la palabra, la mano: se les debe volver la espalda lo mismo que á la peste, porque ellos son el cáncer, la gangrena, la disolución, la ruina y la muerte de toda causa grande, fecunda y generosa.

III.

Siempre hemos sido sinceros con nuestro partido.

Siempre, desde nuestra modesta esfera, hemos rendido culto á la religión de la verdad, profesándola como buenos y proclamando sus excelencias.

Jamás hemos abrigado exageradas ilusiones, ni contribuido al desencanto de nadie, desempeñando de una manera imprudente el papel de apóstoles de alegrías nuevas, cuya realidad ha sido una negación desoladora.

Tal vez hayamos creído en algunos momentos que no todo lo que ha hecho nuestro partido ha estado bien hecho: que nuestra organización legal no es todo lo perfecta que debiera ser: que no hemos ganado el terreno que se ha debido ganar; que nuestras empresas no han alcanzado la suerte y la fortuna que eran de desear; pero de esto á renegar de todo lo que se ha hecho, á decir que nadie ha sacrificado nada, á creer que nuestros jefes son unos malvados ó unos traidores, y á presumir que nuestra causa está perdida porque así lo dicen los libelistas despechados, los ambiciosos de melodrama y los políticos de bodegón hay mucha diferencia.

La índole de este periódico y sus cortas dimensiones nos han alejado de las cuestiones doctrinales para consagrarnos por completo á combatir la calamidad revolucionaria con las armas de la sátira; pero hoy que salen al encuentro del partido carlista chusmas exiguas de difamadores, entre los cuales acaso se encuentra, insolente y solapado, algún heredero de las virtudes de Judas; hoy que de una manera anónima, pérfida y traidora se calumnia y se ultraja á las personas y á las cosas carlistas, contra las cuales se ha abierto una guerra digna de bandidos por algunos personajes aleccionados en la escuela infame de Tartufo, nosotros seguiremos de cerca á los libelistas y no descansaremos hasta arrancarles su asquerosa máscara para golpearles el rostro con ella.

Por lo demás, y hoy que se atribuyen al partido carlista planes estrambóticos de levantamientos descabellados y de intentonas efímeras, que pueden comprometer seriamente nuestra causa y afirmar el desvenecado edificio revolucionario, en nombre de la verdad á que nunca

hemos faltado, nos dirigimos á nuestros correligionarios para decirles:

Tened confianza y fé ciega en la autoridad indiscutible de nuestro partido y en los hombres que desempeñan su mandato. Todos están en sus puestos: todos cumplen su deber con lealtad y honor: todos se inspiran en las reglas de la mas sana prudencia y del mas levantado patriotismo; y ninguno hará mas seguramente que lo que convenga á la causa de la patria.

Por lo mismo que al gobierno revolucionario y á su jefe hace suma falta un pequeño motín de boinas para realizar algunas bizarrerías militares y consolidar lo que está basado sobre arena deleznable, el partido carlista no les proporcionará tan cruel satisfacción; y solo en el caso de que falten entre nosotros la sumisión, la unión y la obediencia, cualidades que han formado hasta hoy y deben formar siempre el vigoroso nervio de nuestro partido, es como podrán conseguir lo que con tantos anhelos desean.

Ni es precario el estado de nuestra causa, ni debe serlo en lo sucesivo, si el batallón sagrado no pierde la disciplina, sino nos abandonan la prudencia, la lealtad y la fé santa y superior que constituyen una parte, la mas principal acaso del patrimonio de nuestra vida política.

Opongamos á las pasiones de la impaciencia la virtud de la reflexión: conservemos á todo trance nuestra hermosa unidad: fortifiquemos nuestra obediencia con firme abnegación y no demos oídos á las sugerencias tentadoras de los que ansían arrojarnos al despeñadero de la perdición.

En cuanto á los libelistas, á esos miserables impostores que gastan su cuerpo y su alma en tan indignas empresas; que como reptiles ponzoñosos cifran su gloria en aajar reputaciones, en deslustrar virtudes y en mancillar el honor ajeno, aunque para ello tengan que hacerse solidarios del crimen de Cain, opongamos á sus venenosas diatribas el antidoto del desprecio, y digamos con el Poeta cuando visita á los condenados mas espantosos de su Infierno:

Non raggionar di lor, ma guarda e' passi.

HUMBERTO Y LA REVISTA.

No hay una situación mas divertida ni mas cascabeleada que la que estamos atravesando para felicidad del país y provecho de sus autores. Reuniones en Madrid, bailes en la Granja, iluminaciones, fuegos, músicas, revistas, etc.; los progresistas son como los gitanos, en teniendo dinero se lo comen en un día sin acordarse del siguiente.

En medio de estas fiestas y de este febril movimiento, el gobernador de Madrid llevando á cuestas sus setenta años está convertido en postillon de la Granja y apenas tiene tiempo para ponerse y quitarse el frac, ir y venir á Villalba, subir y bajar á la estación. El Sr. Mata, que es un buen médico, podrá decirnos de qué mal se queja esta situación calenturienta.

En medio de esta comedia que se parece á aquella nominada *Trapisondas por bondad*, ó á la otra del género andaluz, que se titula *¿Quién me compra un lío?* ha venido á sorprendernos otro príncipe de la casa de Saboya, á quien pudiéramos comparar con D. Felipe el Hermoso, si no le hubiera dado por llevarle la contraria.

Hemos notado en los vástagos de esta casa una afición decidida á un nombre de pila consonante de *muerto*, que nos parece hasta de mal

agüero. Filiberto de Saboya; Alberto, Humberto, Roberto; en fin, un día sale uno llamándose *huerto* y los progresistas se comen hasta las calabazas.

Pues señor, vino el príncipe Humberto y se ha paseado por Madrid y los teatros lo mismo que un hombre de carne y hueso, y ha obligado á andar desde la Granja á Madrid y desde Madrid á la Granja á su hermano D. Amadeo, y á la duquesa de Aosta, que se ha dejado hasta sus hijos en aquel real sitio por ver á los dos hermanos juntos.

El príncipe Humberto parece que ha partido los bigotes con su padre, y aunque es de menos estatura que D. Amadeo, nos pareció en la revista el gigante Goliath, no sabemos si por el tamaño del sombrero de tres picos, que podemos llamar tamaño de cuerpo entero, y que no acertamos como no se quedó prisionero en la copa de algún álamo del Prado.

Algunos estrañaban que el príncipe Humberto al pasar por delante de nuestro ejército, y al rozarse con el asta de nuestras banderas; no llevase el sombrero en la mano, pero esto tiene varias disculpas: primera, que podía estar costipado; segunda, que su sombrero no es fácil llevarlo en la mano sin haber estudiado gimnasia, y tercero, que su hermano D. Amadeo saluda por toda la casa de Saboya, y todos los príncipes acabados en *erto* que salgan y vengan, aun cuando fuera aquel Filiberto que decía Castelar habia sido alabardero del emperador Carlos V.

Las tropas de la guarnición estuvieron formadas en el Prado en número de unos diez y ocho batallones, muchos de ellos mandados por jefes que al conocer sus hojas de servicio quizás se habrá arrepentido el príncipe Humberto de haber desclavado el sepulcro de Carlos V. en el Escorial para admirar al vencedor del mundo y tenerle luego que comparar con los medio vencedores de Alcolea, ó mas bien con los vencedores de los vencedores de Alcolea.

El príncipe Humberto, además de la pléyade de héroes que ha visto alrededor de su hermano, dicen que va hecho lenguas del esplendor y la etiqueta de su corte, donde figuran en primer término Mochales, Chaves, Rossell, Mena, Salcedo, etc.

Algunos creen que cuando miraba desde su fogoso alazán aquella plana mayor improvisada y aquella corte caricaturesca, se tentaba el sombrero como diciendo: para gente de esta clase con un cuarto de saludo basta.

D. Amadeo, al contrario, haciendo evoluciones con su elegante tricorno pasaba de fila en fila ostentando la cruz verde de San Mauricio y San Lázaro de Cerdeña, y sin llevar ninguna banda de las españolas; en cambio su hermano ostentaba la de Carlos III, y si hubiera venido Víctor Manuel habria dado á luz la de San Fernando, que jamás hasta ahora se habia concedido mas que en juicio contradictorio. Verdad que hoy ni aun puede encontrarse el juicio y si acudiéramos á premiar contradicciones, tendrían los patriotas todos la cruz de San Fernando, como tienen todas las cruces, hasta la del matrimonio... civil.

Humberto habrá admirado el aspecto marcial de nuestro ejército que desfiló bizarramente por la calle de Alcalá, donde la *Corte* se habia colocado, así como la milicia nacional que no habrá llenado mucho al príncipe heredero de Italia, no porque no llevase aire militar y aguerrido, sino porque siendo un acto serio y una institución

sería, no le gustaria que entre los marciales chacós apareciesen sombreros de peones camineros, gorras de empleados del gas, hongos de individuos de la limpieza, calabreses de jipijapa de escobas, blusas de colores alternando con bonitos uniformes, chaquetas rivalizando con las levitas y sobre todo bayonetas ensartadas ó en vainadas en las costuras de los pantalones.

Fuera de esta falta de armonía el personal era bueno, y marchaba á buen compás á escepcion de algunos que se cansaban del chopo y dejaban las filas sentándose en las puertas ó escalones que encontraban. Por eso á estos, cuya edad no les permite llevar fusiles, ó no debian admitirlos en formacion ó admitirlos como á los que van en los entierros, solo para llevar vela.

Pero, ¿y doña María Victoria del Pozo, en dónde estaba, qué hacia durante la revista que no salió á admirar ni á bendecir á Dios por lo que le dejaba ver?

Las gentes corrian de casa en casa y de balcon en balcon, y nadie pudo dar con ella: es mas, cuando creíamos hallarla en el palacio de la presidencia, solo nos encontramos en él á Ruiz Zorrilla, que al fin no dejó de ser un consuelo para los que deseaban contemplar una hermosura.

Y no es mentira, Ruiz Zorrilla es un hombre de buena fé, rodeado de mamucos, y de una belleza agreste, cercada de toda clase de fealdades.

Todos suponian, ó que doña Victoria estaria haciendo los preparativos del viaje, ó que estaria indispueta, como decia *La Correspondencia* la noche anterior, mientras la princesa estaba en los jardines del Retiro.

Nosotros no hicimos comentario alguno, supusimos que no habria salido á la calle porque no habria tenido gusto en ello, y nos dirigimos á acabar de admirar la figura italiana de su hermano político, adornada de galones blancos, lo cual supone que las economías han llegado á Italia antes que á España.

Verdad es que en el sombrero no han economizado tela: han echado de largo, así como respecto á bigotes no deja de tener un gran presupuesto.

Por fin, el sol se perdió entre los árboles del Prado, la noche tendió sus negras alas, la tropa redobló el paso y la gente se dispersó al compás de los últimos ecos de las músicas.

Nosotros sacamos la cartera y apuntamos en nuestro diario: «Día 27 de Agosto.—Fiesta movable de progresistas.—Liberales vestidos de limpio.—Tontos tomando el sol.—Contradanzas militares.—Fin de la funcion, un sainete.»

LOS PRIMEROS CELOS.

(QUE SEPAMOS.)

Son las tres: la luz incierta del sol brilla en el espacio, la ciudad está desierta y un coche para á la puerta de un delicioso palacio.

A poco dando señal de algun triste sentimiento, una dama principal tomó en la berlipa asiento con otra... de otro costal.

Cuando ya se acomodó, y con marcado desden las lágrimas se enjugó, la otra enubierta gritó: —ocheros, vamos al tren.

Crugió el látigo arrogante, y cruzando la arboleda que allí se eleva gigante, en su misma polvareda perdióse el coche al instante.

Llegó el coche en dos carreras y á pesar de su vaiven con sus lindas pasajeras; suben al anden ligeras, silba el viento y parte el tren.

Mas dicen que en la estacion casi escucharon un eco que dijo con emocion: —Yo le diré á ese muñeco quién reina en su corazon.

Despues su triste lamento á su pesar se perdía entre el estridor violento de aquel tren que no corria igual que su pensamiento.

Paró el tren: y de esta historia en esto se encuentra el *quid*; ¿quién sigue ni de memoria al hombre que hace en Madrid su primera escapatoria?

¿Al que con *castos* deseos se enreda en mil galanteos y por fin se echa á nadar en este insondable mar de trampas y trapicheos?

Tomó un coche en el instante y de su pena al compás, corrió la dama anhelante pero él iba al fin delante, y ella al fin iba detras.

Mas cuando ella vió impaciente en su rabiosa pasion, que por un raro incidente el rey de su corazon iba á perderse en Oriente.

Dicen que mostrando orios que valen mas que la ley, dijo á su gente: hijos míos, ni quito ni pongo rey, pero yo no quiero lios.

Sí, señores, tengo un peso que va aumentando mi rabia, hasta que yo en un acceso diga al fin, ahí que a eso como lo dijo el de Gavia.

Si te gusta la bambolla, conmigo la parti ás comiendo en la misma olla; si señor, si tú te vas, contigo pan y cebolla.

El marido algo taimado le dijo, y esto es notorio á un gordo que estaba al lado: ¡Cerrar la puerta á un Tenorio que tiene gato encerrado!

Desde entonces, una hora de calma no hay quien les fie al señor y á la señora, pues mientras él canta y rie, ella, dicen, siente y llora.

UNA EXPLICACION NECESARIA.

El Sr. D. Francisco Javier Moya me ha dirigido una comunicacion atenta, en la que, bajo el supuesto de haber incurrido en una equivocacion que le lastima, al censurar su obra *La infalibilidad del Papa*, apela á mi lealdad para que la rectifique. Voy á complacer al Sr. Moya, explicando mas bien que rectificando las palabras, objeto de la fina advertencia.

Para cuya inteligencia debo observar previamente que la obra consta de dos tomos, el uno publicado y el otro en prensa. El tomo segundo no publicado, que en boca del Sr. Moya es un

precioso tesoro, segun el prólogo, se le confió al morir en depósito D. Francisco Ochando. El primero, consta á su vez de dos partes, aunque desiguales en volúmen, equivalentes en lectura. Componen la primera diez y ocho artículos y algunos sneltos publicados en *La Iberia* el año 1865, de los cuales se declara autor el señor Moya. Forman la segunda, grandes trozos de autores conocidos colocados al final por vía de notas, de donde resulta mas claro que la luz del mediodia, que aun ateniéndonos á las declaraciones del prólogo, el Sr. Moya no es autor *original* sino de la aglomeracion de materiales, y de la cuarta parte de la obra.

Esto supuesto cuando en el artículo critico de RIGOLETO, se estamparon estas palabras: «El Sr. Moya advierte en el prólogo que la obra es suya, pero el trabajo de otro.» ¿Esta última frase significa que el Sr. Moya no haya empleado trabajo alguno en la confeccion de su obra? No, porque poco despues de esta fórmula general é indeterminada en cierto modo, dice terminantemente el artículo de qué trabajos considera autor *original* al Sr. Moya. La frase, pues, *pero el trabajo de otro*, no puede referirse sino al trabajo *principal*, á la gran masa de los materiales amontonados en la obra. Segun todas las reglas de recta interpretacion, su sentido obvio y natural es este: *La obra*, es decir, la combinacion *es suya*, pero el *trabajo principal*, es decir, por lo menos las tres cuartas partes de los materiales acumulados, *son de otro*, y esto, segun nos advierte en el prólogo No hay equivocacion ni inexactitud en la frase. Es verdad que al hablar despues de los artículos de *La Iberia*, se hace notar la diferencia de estilo entre los incoherentes y heterogéneos elementos de la teológica elucubracion progresista y el meditado y concienzudo trabajo del prólogo, *fruto á todas luces de los sudores del Sr. Moya*.

Pero esta apreciacion científico-literaria no es ya un pensamiento atribuido al autor del prólogo, sino el juicio critico del autor del artículo. Si entre la afirmacion del prólogo y las dudas de la crítica hay una divergencia, hay contradiccion, ya no son ni el escritor progresista ni el reaccionario RIGOLETO, los jueces llamados á sentenciar el pleito. La cuestion es de dominio público, y el público es el único tribunal competente para juzgarla.

Sin embargo, y puesto que el Sr. Moya asegura de nuevo en su carta que *es incapaz de atribuirse el trabajo de nadie, ni por tanto, de publicarlo con su nombre*, RIGOLETO, que se precia de cortés y bien nacido, aunque por la triste necesidad en que le ha colocado la gloriosa, se vea obligado muchas veces á mortificar el amor propio de los progresistas, por esta vez, y correspondiendo á la fina atencion del Sr. Moya, está dispuesto á sacrificar su parecer científico-literario en aras de la cortesia, dando entero crédito á la resuelta afirmacion del Sr. Moya. Pero por lo mismo que le doy esta prueba de galantería, me ha de permitir el digno director de estadística, que esponga las razones en que se fundaban mis dudas críticas.

Y por no alargar demasiado esta carta, solo voy á aducir un ejemplo, tomado del cap. XVI, titulado *La Fraternidad*, pág. 162 y siguientes. Discurriendo el autor aunque al estilo y desde el punto de vista progresero, con el vuelo de un escritor de indisputable talento, acerca de la ley del progreso que confundirá todas las Iglesias disidentes en una sola religion de amor, inten-

ta probar que si la Iglesia romana no se somete á ella, renunciando á su intolerancia doctrinal, morirá infaliblemente y será necesario crear nuevos símbolos.

«Si la Iglesia romana, dice, congregada hoy en el concilio del Vaticano, no impone á la Europa el *Syllabus* y la infalibilidad del Papa como dogma, artículos de fé indiscutibles, la Iglesia romana habrá muerto, y entonces si podrá ocurrir que sean necesarios nuevos símbolos.» Hasta aquí el texto, donde á todas luces se ha intercalado la frase notada con bastardilla, *congregada hoy en el concilio del Vaticano*; pero con tan poco tino, que trastorna por completo el sentido del capítulo y la argumentación del ilustrado articulista. El autor del artículo, con efecto, hablaba en hipótesis el año 65, y la inoportuna intercalación asienta el hecho verificado el año 70. A todas luces hay aquí dos manos, la una hábil que amasa el pastel progresista, y la otra torpísima que sin querer le descubre. Concediendo por galantería que las dos manos sean las únicas que Dios otorgó al Sr. Moya, como á cualquier escritor progresista, preciso será convenir que la intercalación se ha hecho con la mano de arreglar casillas en la oficina de estadística, ó lo que es lo mismo, con la mano izquierda.

No contenta esta segunda mano con dejar señalados sus cinco dedos en la obra acuñada por la primera, temerosa sin duda de que no fuera apreciado lo bastante el mérito de la intercalación, confundiéndola con el texto, ha tenido buen cuidado de darnos una señal inequívoca de su existencia y distinción, de la otra la contraseña, por medio de la cual puede el lector conocerla. En una llamada que se lee en la misma página 165, de donde está tomado el aducido texto, dice el Sr. Moya: «El concilio del Vaticano ha proclamado la infalibilidad del Papa, y es claro que ha adoptado también el *Syllabus* como dogma; pero no ha impuesto ni una ni otra cosa á la Europa: ni los gobiernos ni los pueblos han hecho caso siquiera de esa farsa de concilio, ni de sus cánones ni anatemas, y esto significa bien que la Iglesia romana ha muerto como presentimos, sin que le hagan caso mas que los pocos fanáticos y supersticiosos que en el mundo quedan para conservar la memoria del horrible pasado.»

Ahora bien, sirvanse mis lectores comparar el texto antes citado con la presente nota ó llamada, y habrán de convenir conmigo que la llamada, aparte algunas palabras tomadas del texto pero vueltas al revés, no contiene otro pensamiento original que estas cultas y elegantes frases: «ni los gobiernos ni los pueblos han hecho caso de esa farsa de Concilio» y «sin que le hagan caso mas que los pocos fanáticos y supersticiosos.» Según la advertencia del prólogo, el Sr. Moya es el autor original de la nota; según todas las reglas de una sana crítica, el autor de la nota no ha puesto de su cosecha mas que la frase «no hacer caso.» Mis lectores formarán del Sr. Moya como escritor la opinion que les parezca, y de mi crítica el juicio que les acomode. Yo tengo contraído el compromiso de honor de creer y dar testimonio de que el Sr. Moya es autor original de la obra que bajo su nombre y con el título *La infalibilidad del Papa*, ha publicado al amparo de la libertad del pensamiento, y siendo Director de Estadística; yo tenia este compromiso de honor, digo, y cumplo con él gustosamente, despidiéndome cortesmente del

Sr. Moya, queda esperando, para juzgarle, el precioso tesoro que compone el tomo segundo.

Su afectísimo,

RIGOLETO.

BUFONADAS.

Un Sr. Salvador Madre, ó Salvador Abuela, que cerca se andan, ha escrito, según anuncian los periódicos revolucionarios, un folleto titulado *Cárlos VII y los neos*, que no hemos leído porque no sabemos donde se vende; pero que á juzgar por los trozos que copian de él los susodichos periódicos, se nos figura que pertenece al género tonto.

El Sr. Salvador Madre, ó Salvador Abuela, empieza su folleto asegurando que sus lágrimas corren presurosas sobre el papel porque tiene que hacer pública la disolución del partido carlista y despedirse de él para siempre.

Muchas gracias y buen viaje.

El Sr. Salvador Madre termina su esperpento político-histórico-bucólico, consignando al pié del escrito las señas de su casa por si gustan los carlistas identificar su persona.

No nos hace maldita la falta.

Lo que debe hacer el interesado, es enviar su folleto á Ruiz Zorrilla y acaso le declaren los progresistas benemérito de la patria con sueldo y asiento en la Tertulia.

Volvamos en sí, como dijo *La Iberia*.

Llorando, nada menos que llorando á lágrima viva (eche V. jierro) ha escrito el Sr. Salvador Madre el siguiente párrafo de su folleto:

Dice así:

«Los neos no le han dado á D. Cárlos ni crédito, ni armas, ni valor, ni dinero, y en cambio le han emponzoñado el corazón hasta que han logrado que se dibuje su cadáver.»

Esto es ser carlista; y sino que se lo pregunten á *El Imparcial*.

Pero meditemos.

Los neos, es decir, el gran partido carlista español no han dado nada á D. Cárlos. Solo el Sr. Salvador Madre ha sido tan generoso que llevado de su amor al príncipe, le dá de puñaladas en su folleto.

¿Será por esto por lo que el Sr. Salvador Madre dice en estilo Losada puro, que se dibuja el cadáver de su corazón?

Seamos ingénuos.

O el Sr. Salvador Madre no vé mas allá de sus narices, ó si hay aquí algun cadáver es el de su conciencia.

Ha sido un dolor y también una iniquidad.

Los neos, es decir, el partido carlista español ha enterrado á D. Cárlos y á su causa, ni mas ni menos que como el pueblo de Madrid entierra la sardina todos los años.

El Sr. Salvador Madre ha presenciado los funerales hace tres años sin decir oste ni moste, y sin ponerse un morrion ni montar á caballo, ni desplegar en batalla al club pseudo-carlista del barrio de Salamanca para poner las peras á cuarto á la revolución.

En vez de parodiar al guapo Francisco Estéban, ha hallado mas fácil el papel de Jeremías; y vertiendo un diluvio de lágrimas, ha escrito nada menos que un folleto para despedirse del partido carlista, diciendo:

—Puesto que no habeis traído á D. Cárlos al palacio de Oriente, me las guillo para confundiros con el peso de mi indignación.

Esta es la madre del cordero.

Por lo demás, el partido carlista, respetando la heroica resolución del Sr. Salvador Madre, no puede menos de sonreír al verle marchar, y de decir en voz baja:

—Gracias, señor elefante.

El Sr. Salvador Madre, que debe estar reñido á puñetazos con sus apellidos, porque ni ha sido salvador de la causa carlista, ni puede ser madre de nadie en razón á que se opone á ello su sexo, baraja en su folleto el nombre del general Cabrera de un modo que hace asomar lágrimas de ternura á los ojos de

RIGOLETO.

¡Estraña coincidencia!

Todo carlista disidente invoca el nombre de Cabrera para justificar su defección.

Ya se anunció el periódico de Losada, el americano, que se decía protegido *in partibus infidelium* por Cabrera.

Los 374 carlistas que se comen sus nombres en todos sus manifiestos ni mas ni menos que como si fueran puntos negros progresistas, invocan la memoria de Cabrera para aterrar á los seres pusilánimes como se invoca en la ópera *Semiramis* la sombra de Nino.

El club anti-carlista del barrio de Salamanca no hace mas oficio que rumiarse el nombre de Cabrera.

Esto ha llegado á convertirse en una pesadilla bufa.

Pero como de esta pesadilla sale malparado el nombre de Cabrera, conviene declarar:

1.º Que el general Cabrera no está con el Sr. Salvador Madre, ni con Losada el Americano, ni con los 374 carlistas anónimos de los manifiestos, ni con el club anti-carlista del barrio de Salamanca.

2.º Que el general Cabrera no ha autorizado á nadie, absolutamente á nadie para que abuse de su nombre asociándole á las diatribas que se publican.

Y 3.º Que reprueba desde el fondo de su conciencia la actitud de los libelistas.

¿Se quieren las pruebas?

Pues aplazamos la cuestión para el número próximo.

En Francia se está organizando un servicio de globos.

Esto si que hace falta en España; mientras manden los progresistas no vendría mal andar por el aire, es decir, si allí lo dejaban á uno seguro.

Diez mil ex-presidarios hay en Madrid según calculan los periódicos.

Pasan de quinientos los periodistas encausados entre los que hay muchos en la cárcel.

Efectos del Código penal progresista.

Y no es lo peor que los primeros estén en la calle, sino que no dejan salir á los demás.

O como si digéramos que aquí para ser hombre libre se necesita la licencia de la cárcel.

Ya tenemos un dato. El día 2 dicen que saldrá D. Amadeo de Madrid.

Lo que no sabe nadie es cuándo volverá.

Parece que doña Victoria está decidida á acompañar á su esposo, en lo cual hace muy bien.

Y decimos, que hace bien, porque como no se sabe cuándo volverá, siempre el que espera desespera.

La Correspondencia dice el domingo en la noche que los barceloneses desean que vaya el Sr. Ruiz Zorrilla á aquella capital, donde se le *regará* al efecto.

Esto habrá escamado al Sr. Zorrilla porque ya sabe que allí riegan con tronchos y aguarrás.

El domingo iba luciendo por la tarde en la revista el príncipe Humberto la banda de Cárlos III, que le fué concedida por la mañana.

Esto se llama tener afición á ser caballero de la orden.

La Iberia dice que los jardines estaban cuajados de gente la otra noche porque iba á pasar por ellos D. Amadeo.

¿Con qué cuajados eh?

Pues este cuajado no lo traga nadie, mas que *La Iberia*.

TEATRO DEL CAMELO.

FUNCION PALOTIFERA.

1.º Sinfonía de Santa María Palermo.

2.º La comedia en dos jornadas titulada.

Uno detrás de otro.

Intermedio del baile nominado:

La Gallegada.

La canción andaluza:

¡Buen viaje!

Finalizará la función con la pieza

Los celos del tío Macaco.

Nota. En esta función tomarán parte los principales actores.

Madrid: 1871.—Imp. á cargo de J. J. de las Heras, S. Gregorio, 5.